

Entrevista por Antonio Rafael de la Cova a Moisés Masfut Delgado, 11431 S.W. 40 Terr., Miami, Fl., y Jaime Costa Chávez, el 7 de agosto de 1984.

Nosotros somos fundadores del Partido Ortodoxo en Arroyo Apolo, y llevábamos distintos candidatos. Yo tuve un problema en Prado 109 con el Ing. **Félix Martín** que iba a ser mi candidato a representante. Me fui distanciando de él, y **Fidel [Castro]** me invita a un cafetín cerca de allí para tomar un refresco. Fidel no tomaba bebida y ni fumaba en esa época. Allí hablando, con esa elocuencia que tiene él, de poder de convencimiento que tiene. Yo era novato, porque hoy me pondría tres días a pensar antes de tomar una decisión, pero en aquel momento, no. Lo acepté como mi candidato a representante. Lo llevaba porque él iba con el número 15 en la boleta del Partido Ortodoxo en las elecciones que se iban a celebrar en junio de 1952. Puse en mi casa un cartel que decía [**Roberto**] **Agramonte**, Presidente; **Raúl Chibás**, vicepresidente, [**Manuel**] **Bisbé**, senador, esos eran mis candidatos. Simpaticé mucho con Bisbé y a última hora se volvió comunista y vino como delegado permanente de Cuba a la ONU y se murió ahí mismo. Conocí a Graciela, la señora y toda la familia. Y puse, Fidel representante, con el número 15. Eran 18 candidatos y a él le tocó el 15. Siempre los políticos se fajaban o por el primer número o por el último. Porque era más fácil decirle a un analfabeto que marcara con una cruz en el primero o el último cuadrado, en vez de decirle en el 15. Yo conocí a Fidel desde que se fundó el Partido Ortodoxo en 1947 porque él pertenecía a la Juventud del Partido.

Cuando se produce el diez de marzo, yo trabajaba en la Compañía Lechera que estaba en Concha y Cristina en La Habana. Cuando entré a las 7 de la mañana, ví el pisicorre del Secretario de la Federación de la Ganadería, **Andero Pérez**, mi amigo, que vive aquí en Miami Beach. Me dice, “oye, Moro,” porque yo soy descendiente de árabes, “Batista ha dado un golpe a ochenta y pico de días de las elecciones.” Entonces, yo no entro a trabajar, y me fui a la oficina del Partido Ortodoxo en Prado 109. Cuando llegué había un grupo clamando por ir a la universidad, y nos fuimos para allá. Allí estaba Valentín González, “El Campesino,” y [**Rolando**] **Masferrer**, quien dijo, “espérenme aquí, que voy a buscar las armas que tengo, porque a este H.P. hay que matarlo.” Y por la tarde, cuando Batista estaba hablando en el polígono, estaba Masferrer allí rindiéndole pleitesías.

Posteriormente, como en mayo, un día me fue a buscar Fidel a la Compañía Lechera y fuimos a mi casa. Cuando aquello, yo era el único revolucionario allí. Cuando salí en libertad después de estar preso [bajo Castro], no me dejaron entrar, aunque trabajé allí 22 años. Hoy todos allí dicen ser revolucionarios. En mi casa Fidel me dijo, “Esto hay que tumbarlo a tiros, esto no se cae con votos, y nosotros tenemos que hacer una revolución con los campesinos, los estudiantes y los obreros.” Me dijo, “Yo necesito que me organices una célula.” “Pero no para estar bobeando,” le respondí, “porque no puedo estar abandonando mis tres hijos chiquitos.” Yo no quería meter a **Juan Almeida** en el grupo, pero hay un individuo, **José Parrado**, que me dijo, “Almeida es Auténtico, pero es buen muchacho, vamos a conversar con él, es mi vecino. Parrado y **Jesús Díaz**, otro negrito del barrio, no llegaron a ir al Moncada. Al primero que recluté fue a Parrado, y después a Jesús, porque éramos Ortodoxos, después **Armando Mestre**, Almeida, y **Emilo Albentosa Chacón**, hijo de Flores Chacón, fue el último. Yo lleva el grupo a la universidad a hablar con Fidel. Cuando el desembarco del Granma, un fragmento de

granada le perforó el cuello a Albentosa, que lo que tomaba se le salía, y así llegó a Veguitas. El era un poco izquierdista, porque yo atacaba al Partido Comunista y él nunca lo hacía antes del triunfo de la revolución. Inclusive, cuando Lázaro Peña fue a la lechería yo le eché y me grabaron todo lo que dije.

Nosotros íbamos a hacer las prácticas a una finca que hay en Tapaste, a la salida de La Habana por la Carretera Central, a mano izquierda. Fidel iba en la máquina, nos recogía e íbamos para allá. Una vez, al salir de la práctica como a las seis y pico, nos cayó el SIM atrás. Inclusive, haciendo prácticas con rifles calibre 22, llegaron dos policías que estaban cazando. Para disimular, yo hice hasta una apuesta con un policía que yo tiraba mejor que él. Cuando salimos que llegamos a Jamaica, a tomar refrescos y comer pancakes, nos cayó el SIM atrás, pero Fidel era un loco manejando por esa carretera y los perdimos hasta que Fidel paró en Luyanó y nos dejó a Albentosa, Parrado, Mestre, y yo. **Manuel Suardíaz Fernández** es del grupo del Moncada también. El vivía en el mismo pueblo de Madruga y era químico azucarero. Estuvo preso nueve años en Cuba, iba a salir por España, pero vino como nosotros por el Mariel. Manolo, Jaime [Costa], y yo vivíamos juntos en la misma celda.

Nosotros íbamos a la finca de [**Horacio**] **Hidalgo-Gato** en Palos. **José Luis Carballo**, que lo acusaron de ser agente de la CIA y lo fusilaron, siendo capitán del Ejército Rebelde, era hijo de un mayoral de una finca grandísima, su padre tenía caña, y él nos movía por allá en Nueva Paz porque usaba los jeeps y vehículos del ingenio donde era empleado. El no fue al Moncada, pero después se alzó y bajó con los grados de capitán.

Un día que estábamos en la universidad, yo le pregunté a Fidel por **Harriman [Isaac Santos Domínguez]**, y me dijo, “Ese es maricón, descubrimos que es maricón. Lo tuve que botar del grupo.” Harriman era quien nos estaba entrenando. Para mi era un problema personal entre ellos, ya que Harriman se destacaba más.

JAIME COSTA --- Harriman se aparecía con una cámara a cada rato y nos tomaba fotos y preguntaba de dónde éramos y que edad teníamos, dónde trabajábamos. Yo no creo que trabajaba para el gobierno de Batista porque les tenía repugnancia y sabía lo que se estaba preparando y nunca delató. Parece que era del CIA.

Antes de partir al Moncada, Fidel va personalmente a mi casa como a la una de la madrugada ya del viernes 24. Yo tenía que estar en el trabajo a las tres de la madrugada. Encendí la luz del portal y me dijo, “No, apaga la luz.” Enseguida le conocí la voz. Apagué, abrí y entró. Estaba **Gildo Fleitas**, que manejaba la máquina color aceituna en que iba Fidel. “Reúne la gente para mañana,” me dijo. “¿Qué, pero más práctica?” “No, ya no es práctica. El domingo, Cuba está encendida.” “¿A quien llevo?” le pregunté. “A Mestre, Almeida, Albentosa y tú.” “¿Y Parrado y Jesús el negrito?” “No, porque no tengo armas para tanta gente.” Eramos seis y escogió cuatro. Por la mañana le dije a mi señora que llamara a la compañía y dijera estaba enfermo y no podía ir a trabajar. Salí a buscar a Almeida, quien no estaba en la casa, y estaba trabajando en el cementerio de los chinos en el Vedado de ayudante de albañil de **Ventura Manguela**, un negrito simpatizante comunista. Fui en guagua a buscar a Mestre y me dijo la madre que estaba trabajando en el Templo Masónico que se estaba construyendo en Carlos Tercero y Velascoaín. Mestre estaba encabillando, y le dije que inventara algo para irse de allí, porque Fidel nos mandó

a reunir, y habían posibilidades que no fueran prácticas. Mestre le dijo al capataz que la madre estaba enferma y lo habían mandado a buscar conmigo y abandonó la obra y se fue. Le dije que nos reuniéramos a las seis de la tarde, que había que ir a casa de **Abel [Santamaría]**. Me fui a buscar a Almeida al cementerio chino y le dije que Fidel quería hablar con nosotros. Dejé al compadre allí y nos fuimos.

Yo los tenía que llevar a la calle 27 donde vivía Abel Santamaría. Recogí a Mestre y Almeida. Cuando voy a buscar a Albentosa, no aparecía. Albentosa era nacido y criado en Santiago de Cuba. De padre español blanco con una negra prieta. Vivía en casa de los padres de **Samuel Guzmán** en Arroyo Apolo hacía mucho tiempo, inclusive era Ortodoxo. Guzmán después tuvo que asilarse en Venezuela y llegó a ser jefe de la tropa de choque de Fidel, y ahora está en decadencia porque le dió por beber y se alcoholizó. A Guzmán le decían “El Pequeño Ventura.” De padre español blanco, con una negra prieta. Albentosa era entonces soltero. Después se arrimó con una blanca que tenía dos o tres hijos y había sido mujer de un guagüero negro prieto de la ruta 22. Samuel me dijo, “Albentosa no está, pero yo voy contigo.” “Bueno, vamos,” le dije. Los llevé en guagua a donde estaba Fidel en el apartamento de Abel, y me preguntó por Albentosa, quien como era de Santiago, conocía la ciudad, y ese era el empeño de Fidel que él fuera. Invité a Almeida y Mestre para darle representación al negro para la cuestión propagandística. “Bueno, que vaya este,” y le preguntó a Guzmán si sabía manejar un rifle. Guzmán le decía a todo que sí. Fidel me dió dos cheques y le pregunté, “¿Esto tiene fondos? Dímelo si tiene o no, para yo saber donde los cambio y no tener problemas.” Fidel me dijo, “No, eso no tiene problema.” Claro, era viernes por la noche, y los bancos estaban cerrados sábado y domingo, y el lunes Cuba ardiendo, o muerto, o preso. Fidel me dijo que lo cambiara y le diera una parte a Almeida para que se lo dejara a su mamá y a Mestre y a Samuel, y para la gasolina, y el resto para que se lo diera a mi mujer.

Salimos de casa de Abel con Oscar Alcalde en su máquina como a las seis de la tarde, Guzmán, Mestre, Almeida, y yo, y fuimos a mi casa. Una cuadra antes de llegar, vimos a Albentosa parado en la esquina. Bajé a Samuel Guzmán y subí a Albentosa. En mi casa le dije a mi señora que llamara a la Compañía otra vez y dijera que yo estaba enfermo y no podía ir a trabajar. Le dejé el dinerito. Los cheques eran firmados por Fidel en efectivo, y yo le cambié uno de ciento y pico al bodeguero frente a mi casa, Carbajal, y el otro a un hermano de la Logia mía que tenía una quincalla, Agüero, por treinta y pico. Carvajal le había pagado el lunes por la mañana después de los sucesos a un viajante de Crucellas con el cheque que le di y fue y lo buscó y me recuperó el cheque y se lo dió a mi esposa, quien lo quemó. Agüero, al enterarse del lío, guardó el cheque y después me lo regaló de recuerdo.

Nos fuimos de mi casa rumbo a El Cotorro, y nos quedamos en el café frente a la iglesia a la entrada de El Cotorro, y Oscar Alcalde fue hasta su casa a despedirse, se afeitó y se bañó, en lo que comimos en el café Albentosa, Mestre, Almeida, y yo. Alcalde nos recogió como a las diez de la noche. Conocí a Alcalde porque iba mucho a la universidad. Yo iba en el asiento de adelante con él, y Almeida, Mestre y Albentosa atrás. Llegamos a Ciego de Avila, donde desayunamos, nos lavamos la cara, y me pregunté, “¿Qué hacemos aquí tan lejos?” Le pedí a Alcalde manejar porque lo vi cansado. En la carretera venía un lechero en bicicleta con dos botijas de leche, le di a una de las botijas y tiré al lechero para la cuneta. Fui a parar, y Alcalde me dijo, “No pares, sigue,” y yo seguí. Cuando llegamos a Victoria de la Tunas, nos arrimamos a un café y vi a gente

conocida en maquinas, pero Alcalde no me dejó saludarlos y me dijo, “Nosotros no conocemos a nadie.” Ahí fue cuando le pregunté qué es lo que había. Ya era sábado por la mañana. Me dijo, “O ganamos, o nos matan a todos. No te puedo decir más nada.”

Cuando llegamos a Santiago, teníamos que ir a hospedarnos a Celda número 8, pero al no encontrar allí a Abel nos pusimos a dar vuelta, pero como no nos convenía, Albentosa dijo, “Vamos para mi casa, que hace mucho tiempo no veo a mamá y voy a aprovechar que estoy aquí. Nos llevó a la calla Bayamo 29 o 26, creo esquina San Agustín, estaba cerca del correo. Era una casa vieja. Allí estaba su madre Flora, una negra bajita, gorda, prieta, muy cariñosa, la hermana de ella, Teté, el hermano Vicente y otro hermano, Níco. Esa mañana Flora se había caído en el baño y fracturado unas costillas. La habían llevado a la Clínica Los Angeles, donde su sobrino, Chacón de apellido, era enfermero y la habían curado y vendado. Ella estaba acostada. Alcalde nos dejó allí y como a las siete se apareció Abel y nos recogió y llevó a Celda número 8. Albentosa nos dijo que fuéramos más tarde a buscarlo, que él se iba a quedar con la madre. No fue un acto de cobardía porque él no sabía lo que había planeado. Allí habían otra gente, los colchones estaban tirados en el suelo, yo no vi catres allí. Almeida nos afeitó a todos los que querían con unas máquinas de afeitar que habían allí, él era un tipo simpático y muy amigo mío. Como a las doce de la noche, vino Abel nos recogió y llevó para Siboney.

Florentino Fernández era soldado enfermero y fue quien facilitó posiblemente la mayoría de los uniformes que se usaron en el ataque. El fue en uniforme a Santiago de Cuba. El todavía está de enfermero en el hospital del antiguo cuartel Columbia. Angel Sánchez Pérez y Florentino Fernández posteriormente testificaron contra Mario Chanes.

Julito Trigo estaba tuberculoso, le dió una hemoptisis y lo llevaron al hospital. En el antiguo sanatorio del Hospital la Esperanza, hicieron uno nuevo allí y lleva el nombre de él.

Yo nunca hablé con ese francés que escribió el libro, **Robert Merle**, porque yo estaba preso en 1965. Esa parte que él dice que Albentosa se encontró conmigo en Garzón después del ataque no es verdad. Cuando yo llegué a su casa el domingo por la noche Albentosa no estaba, llegó por la noche tardísimo, y al día siguiente salí para La Habana. Salí a las tres de la tarde, y atravesé por todo el Moncada de nuevo.

Abel nos recogió en Celda número 8 y llegamos a Siboney como a la una de la mañana. Ibamos Almeida, Mestre, y yo, y dos más. En la granjita **Melba [Hernández]** y **Haydée [Santamaría]** estaban planchando los uniformes. Fidel sabía que aunque se ganara el cuartel Moncada duraríamos adentro veinticuatro horas. Nos barrían a todos. La idea de Fidel fue hacer una bandera, y la hizo.

JAIME COSTA -- Fidel pensó llevar el país a un colapso, a una huelga general. Aguantar él veinticuatro horas, por eso fue el ataque a Bayamo, que se tirara el pueblo a la calle, y llevar el gobierno a un colapso.

La madrugada antes de salir al Moncada **[Fernando] Chenard** nos tomó una foto dentro de Siboney, de todos los que ya estábamos vestidos con uniforme. Yo no salí en la foto porque me viré de espaldas. Le advertí a Almeida y Mestre que no salieran y no se si lo hicieron. Allí ya había un grupo grande, vi al doctor **[Mario] Muñoz**. Vi una sola luz adentro, el resto estaba apagada. Cuando nos dieron los uniformes le dije a Mestre y

Almeida, no se quiten la ropa de civil, porque si esto fracasa, vestido de civil en la ciudad, se salvan, pero vestido de soldado te van a pedir identificación y te van a romper. Arriba de la ropa de civil nos pusimos la del ejército. Yo tenía una pistola 38 y un rifle 22. La encontré allí y me la llevé. Tuve el revólver como hasta las tres y pico o las cuatro del domingo. Almeida también encontró un revólver y se lo llevó. Si, es verdad, a alguien se le fue un tiro adentro. Fidel, en vez de matar a **Patachula [Angel Díaz-Francisco]**, **Carlos Merille** y los disidentes, porque en una cosa de esa tu tienes que buscar la seguridad de los que van a ir, los metió en un cuarto y les dijo no salieran de allí hasta equis hora, lo cual ellos no hicieron. Saliendo la última máquina, donde iba Haydée, Melba y el doctor Muñoz, cogieron su máquina y salieron atrás. Prácticamente iban en la caravana pero siguieron. Todo el personal salió por la parte de atrás, donde había una varandita, y allí estaban recostados Melba, Heydée, y el doctor Muñoz. Antes de la última máquina de ellas, iba la de Alcalde, en la que íbamos Mestre, Almeida, y yo. Nosotros cuatro solamente. Almeida llevaba el rifle 22 con la punta afuera de la ventana y cuando se dió cuenta la metió para adentro. A las 5:20 salimos de la granjita, por un reloj que yo llevaba. Cuando llegamos al Moncada ya estaba aclarando. Yo iba adelante con Alcalde. Oí que algunos carros se desviaron cuando Patachula pasó la caravana y lo siguieron, pero nuestro carro, que era uno de los últimos, no se desvió. Mira tu como Patachula iría por esa carretera que a las nueve y pico de la mañana lo cogieron en Holguín. Carlos Merille dice que a él lo salvó la sortija masónica cuando pararon la máquina y los fueron a detener en la carretera de Holguín, el teniente le vió la sortija y dijo, “Este caso es mío.” Me lo contó Carlos. **Pedro Trigo** también era masón.

Yo no vi la parte de cuando llegan a la posta y matan a los de la posta, cuando se forma el tiroteo, porque yo tampoco entré al cuartel. Los que entraron, quedaron. Los ocho o diez primeros. Nadie conocía el cuartel adentro. Cuando Alcalde para el carro, hacia la derecha, ya hacía rato que el tiroteo estaba andando. Mucha gente que habían dejado las máquinas corrían hacia atrás, pasándonos a nosotros. Yo me bajé a la derecha sobre una acera que va hasta Garzón. Mestre salió a la izquierda por atrás y Alcalde deja el timón y pasa por delante del carro. Almeida salió de atrás a la derecha sobre la acera. Nosotros seguimos a Alcalde hacia la posta 3, pero ya estaba formado el lío, y vemos que Fidel entra en una máquina, y en esa misma entramos nosotros. “Si tú te vas, cómo no me voy a ir yo.” Yo regresé en esa máquina, y no me acuerdo quien era el chofer. Ya habían pasado más de veinte minutos. Aquello no duró ni media hora. Yo no tiré ni un tiro. ¿A quien le iba a tirar? La posta estaba a una cuadra y media. Del grupo mío ninguno tiro un tiro. Seguro. Yo no vi a Alcalde tirar. Si tiró más adelante no sé, pero no lo vi. Un poco más adelante estaba el lío de la máquina con Fidel. Yo si iba dispuesto, porque sino no llego hasta allí. No vi cuando mataron al soldado que iba por la acera. Yo no vi rebeldes heridos hasta que no llegué a Siboney. ¿Tú sabes lo que es ir a asaltar un cuartel con rifle 22, y te están tirando con ametralladora y Springfield 30 de cinco tiros? Allí en la Sierra no tuvimos nada de eso.

JAIME COSTA – **Pepe Suárez** es quien desarma la posta y mata al guardia y se faja allí con la Thompson. Cuando nos retiramos del Moncada creo que hasta iba gente en el baúl. Adentro íbamos dándonos cabezazos con los rifles, **Severino [Rosell]** iba en el piso empujando el acelerador con la mano, y **Ciro [Redondo]** iba manejando y dándole gritos que parara.

Boris Luis Santa Coloma llegó a la granjita, no vió a Melba y Haydée y volvió al hospital, donde lo cogen y lo matan. Yo lo vi cuando llegó a la granjita, por eso te lo digo. Preguntó por Haydée, cogió una máquina y se fue. El sabía que Haydée iba al hospital. Nosotros regresamos a Siboney del Moncada en la máquina de Fidel, yo con Almeida y Mestre. La única máquina que vimos cerca fue esa, y en esa se metió Fidel, y no recuerdo quien venía manejando. Aquella máquina iba que era una salación, levantando mucho polvo. Cuando llegamos allí la gente estaba como locos buscando su ropa, había una confusión terrible. Yo me quité el uniforme y ya tenía mi ropa abajo. Habían escopetas paradas contra la pared. Se cayó una, y al dispararse le llevó el jarrete, la pantorrilla a **Nito Ortega**. Empezó a gritar, “Estoy herido, estoy herido.” **Ciro, Julito Díaz, Antonio Labrador, el primo de Fidel Labrador, y Marcos Martí**, que lo mataron después, y yo lo cargamos. Le amarramos un pañuelo por arriba de la rodilla para hacerle un torniquete, entre todos. A media cuadra de la granjita había un bohío donde lo llevamos. En un palanganón, que se usa en el campo para lavar ropa, le metimos el pie en agua. Ya Fidel estaba rumbo a la Gran Piedra y el grupo había brincado la carretera de Siboney, en lo que nosotros llevamos a Nito.

Vimos que venía un camión, y volvimos a meternos en el bohío. El tipo nos indicó por donde dirigimos, contrario al grupo de Fidel. Nosotros vinimos a salir a la costa después de subir mucho. A Julito le empezó a dar una fatiga y paramos hasta que se refrescó. No sabía que habíamos subido tan alto, porque era por dentro del monte. Sentí una brisa y asumí que íbamos a salir a un claro. Salí a un precipicio, donde la carretera de Siboney se veía abajo chiquitica. Tuvimos que ayudar a Julito a bajar entre todos, y así alcanzamos la carretera. Había una avioneta dando vueltas, y nos metimos para el monte. Julito Díaz ni podía caminar por la fatiga. **Ciro** dijo que uno tenía que ir a buscar agua cuando comenzamos a caminar paralelo al camino de Siboney. Ellos se metieron al monte y yo seguí por la carretera hasta salir al mar. Había una piedra en forma de meseta donde sentí voces. Saqué el revólver y me fui arrimando y vi una camioneta. Habían dos mujeres en trusa, y hombre y niños y tenían un recipiente grande lleno de agua. Yo bajé, y sin amenazar a nadie, les pedí agua y me la dieron. Les pedí más para regresar, y llené como seis botellas de agua mineral. Me puse dos atrás y las otras las llevaba en las manos.

Cuando volvía sentí tiros, y rápido me metí para el monte. El grupo que se quedó se había separado, **Antonio Labrador y Marcos Martí** dejaron a Julito y a **Ciro**. Al primero que mataron de esos dos fue a **Marcos Martí** con un tiro en la frente y después matan a **Antonio Labrador** cuando trató de correr. **Ciro** y Julito se habían escondido del otro lado de la carretera, a la izquierda, y no los matan porque no los vieron. Ellos fueron quienes me lo contaron porque vieron toda la operación. Los soldados se fueron en la camioneta y dejaron los dos muertos allí. En vez de esperarme, Julito y **Ciro** se fueron rumbo hacia la ciudad. Un kilómetro antes de llegar a la playa Siboney, hay bohíos en ambos lados de la carretera. Hay una cerca con una puerta que se abre. A **Marcos y Labrador** los mataron casi dentro del monte porque cuando pasé por allí no los vi. Yo seguí buscando a los cuatro, y pensé que a la mejor ellos creían que a mi me cogieron, y se fueron. Cuando llegué a la cerca, que voy a agacharme para pasar, me gritan, “Oiga señor,” y halé por la pistola. Eran unos muchachos que me dijeron que para pasar por la puerta había que pagar diez centavos. Uno me dijo, “Mire, ahí hay unos muchachos que

seguro son compañeros de usted.” Fui al bohío, y estaba Julito Díaz acostado en una cama, y Ciro. Les habían dado un té y cuando llegué, me dieron del mismo té. Esa es la mujer que cuenta que los cogieron en el bohío. Donde los cogieron fue en la casa de ella, pero ella no quiere correr el riesgo que la gente piense que ella los entregó, que no creo que ella lo hizo.

Yo le dije a Ciro, “Aquí estamos muertos.” Entonces Ciro me va a dar una cadena que él tiene puesta y me dijo que había que venderla para hacer dinero. Le dije que yo tenía como sesenta pesos arriba y que ninguno de nosotros se podía poner a estar vendiendo una cadena en ese momento. “Con esto nos alcanza. Hay que tratar de llegar a la ciudad. Si llegamos nos salvamos.” Yo siempre estaba pensando en la casa de Emilio Albentosa. Ciro me dijo que Julito no podía caminar y yo quedé en buscar una máquina. La señora me dijo que más adelante había una bodega donde paran las máquinas que vienen de Santiago y traen a la gente para la playa. “Allí puede alquilar una máquina,” me dijo la mujer, que lo que quería era quitarse el paquete de arriba. Le pregunte a Ciro si iba él o yo, y me dijo que él se quedaba con Julito. Llevaba el revólver dentro de la camisa. Los deje allí y salí. Al caminar una cuadra, por el camino de Siboney vi venir una camioneta y boté mi pistola al monte y seguí caminando. Los soldados en la camioneta me pasaron por al lado como una bala. Fueron directo al bohío y Ciro salió creyendo que era yo con una máquina. Desde la camioneta el guardia le fue a tirar y se le encasquilló el rifle. Se bajó y le dió un culatazo a Ciro que le desprendió la clavícula. Yo no lo vi, ni podía virar para atrás. A Ciro y Julito Díaz los tiraron para la camioneta.

Cuando llegué a la bodega, había una máquina parqueada y el tipo gritaba, “Arriba, arriba, que me voy para Santiago.” Me vió llegar y me dijo, “Oiga señor, con usted completo el viaje y me voy ya.” Le dije que esperara un momento, entré en la bodega y compré una caja de cigarros. Había una negra gorda parada esperando, y me hizo entrar entre él, el chofer, y la negra alante, conmigo en el medio. Atrás iban tres más que habían ido a la playa. Cuando va a arrancar, a pie venía una tropa que al verla me puse muy nervioso, pero me mantuve callado al lado del chofer. Cuando llegaron, como unos quince con los sombreros anchos, cubriendo los dos lados de la carretera, el sargento gordito al mando nos mandó a bajar. Todos nos bajamos, y el chofer le dijo, “No hay problemas, a estos muchachos siempre los llevo y traigo aquí a la playa.” Nos mandaron a montar y vi que el sargento habló con quien me dió la caja de cigarros, y cuando el chofer va a arrancar, le ordenó que esperara. Creí que ya estaba cogido. “Espérate para que le lleves unos refrescos a esa gente que está allí en la granjita,” dijo el sargento, para los otros soldados que habían ocupado la granjita. Abrió el maletero y metió la caja de refrescos mientras maldecía los rebeldes que “habían ido allí a matar soldados.” Tuve que pasar por frente a la granjita otra vez, donde nos volvieron a parar. “No hay problema. Ya nos registró el sargento. Atrás te traigo una caja de refrescos que te mandan,” le dijo el chofer. Los soldados se quejaban que allí no había ni agua. Cogió la caja y dijo, “dale, sigue.” Vi las estrellas porque el chofer venia hablando que los muchachos eran muy valientes por haber asaltado un cuartel, y yo callado. Yo nunca había ido a Santiago de Cuba pero me acordaba de la calle donde vivía Albentosa porque estaba adornada con banderitas porque eran los carnavales, y le dije al chofer que me dejara en la esquina y le pagué el viaje. Eran casi las cinco de la tarde. Cuando llegué a Victoriano Garzón, pasaban las ambulancias, los carros con soldados, la policía.

Cuando llegó esa tropa a Siboney, cogieron a **Oscar “Nito” Ortega** en el bohío de enfrente y ahí mismo lo sacaron para afuera y lo asesinaron. A Melba llegaron fotos que aparece Ortega adentro del cuartel muerto, el muchacho de Palma Soriano, amigo íntimo de [**Pedro**] **Aguilera**.

Al llegar a Santiago vi a un herido o muerto tirado en la acera, y entré en un lugar para comprar un helado para no quedarme por allí. Por Garzón me puse a buscar la calle Bayamo, que es una cuadra nada más, y la encontré. Posteriormente, cuando los guajiros vinieron a La Habana en julio de 1959, nosotros fuimos a Santiago y volví por allí y por Siboney. Cuando entré Flora Chacón estaba acostada y lo primero que me pregunta es por Emilito. “No sé, él no estaba conmigo,” le dije a Teté la hermana de Flora, cuyo esposo trabajaba vendiendo los tickets en la ruta 34, Habana-Santiago. Les dije que yo estaba en el lío y me iba enseguida, pero me dijeron que no. Como a las ocho de la noche llegó Emilo Albentosa, quien estaba en otra casa. Le dije que Almeida y Mestre se fueron con Fidel, y que yo tenía que llegar a La Habana, donde diría que no había salido de allí. Entonces **Pellerano**, el esposo de Teté, quien estaba bastante viejo, me compró el ticket para Fomento, Las Villas, en vez de para La Habana, porque mi hermano mayor (quien está en Venezuela) era administrador del Central Santa Isabel allí, y todos me llevaron a la estación en una máquina que se alquiló. Yo llevaba una maleta y una java de mangos. Albentosa se quedó allí y volvió a Arroyo Apolo como dos semanas después. Uno de los hijos después se mató aquí robándose un avión para irse a Cuba. Ese es sobrino de Emilio Albentosa. Pellerano Albentosa. Vino para acá por el Mariel como escoria, parece no le gustó esto, se llevó un avión y se tomó unas pastillas que llevaba y se envenenó dentro del avión. [Ver: *Miami Herald*, abril 11 y 12, 1981, sobre **Rafael F. Pellarano**, de 39 años].

Salí de Santiago el lunes a las 3:45 p.m. El domingo por la noche dormí en casa de Albentosa. Cuando la guagua en que me iba para La Habana pasó frente al Moncada, allí nos registraron a todos. Un guardia me regó todos los mangos. Como yo conocía bien a Fomento porque me crié allí de muchacho, podía dar detalles si me los pedían. Así pueblo por pueblo nos registraron. La cordillera de vehículos era larguísima para entrar en Bayamo y Holguín porque registraban carro por carro. Me senté al lado de una mujer que cada vez que entraban los soldados ella enseñaba la cartera y no la registraban. Para mi ella era del gobierno y enseñaba el carnet. Iba sentada junto a la ventanilla. En Placetas alquilé una máquina hasta Fomento, por no esperar otra guagua, y fui a ver a mi hermano, quien me llevó a su casa. Llegué como a las 6:30 a.m. el martes. Allí me compró ropa y saqué un pasaje Fomento-Habana. Llegué el miércoles por la mañana a La Habana y me fui a casa de un primo que era sargento de la Marina y estaba en el Estado Mayor. Le pedí que fueran a ver si me habían registrado la casa y mi prima Isabelita fue. Me fui a un cine y allí esperé hasta que ellas volvieron y me dijeron que podía regresar a la casa. Cuando vi a Parrado, el que no llevé, me dijo que me asilara y le dije que no. Dormí el miércoles por la noche en mi casa. El jueves fui al trabajo y le pedí a Antero Pérez, el secretario general de la Federación, que me resolviera el problema, que yo había estado en lo del Moncada. Yo quería que me pusieran todos los días que falté como que había estado trabajando, y me lo hicieron. En ningún momento ni me investigaron, ni sospecharon. Sí, **Eduardo Montano** todavía tiene una barbería en La Ceiba. **Agustín Díaz Cartaya** volvió a Marianao sin problema y un militar inconcientemente dijo que el domingo Cartaza había estado tocando música con él en un café en Marianao. Díaz

Cartaya me dijo que le dijera a Melba, para que le dijera a Fidel, que él no iba a México porque estaba comiendo “filete,” viviendo con una blanca y era tremendo curda.

JAIME COSTA -- A mi me dijeron que **Enrique Cámara** denunció a Díaz Cartaya. José Ramón Martínez era de Guanajay, y su hermano era del SIM. José Ramón perdió un ojo exiliado en Panamá y después lo matan en el desembarco del Granma.